

RESEÑAS

Cristina Gómez Álvarez, *El alto clero poblano y la revolución de independencia, 1808-1821*, México, Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1997, 259 p.

Este libro representa la versión corregida de la tesis doctoral que la autora presentó en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y cuyo propósito es “aportar nuevos elementos para la investigación del papel de la iglesia en la revolución de Independencia y en la consumación de la misma”. Para ello escogió una de las diócesis mexicanas más importantes, así como a dos personajes que las rigieron durante los años 1808-1821 y que fueron determinantes en nuestro proceso emancipador: Las figuras de Manuel Ignacio González del Campillo (1803-1813) y de Antonio Joaquín Pérez (1814-1829). El estudio de la acción de estos dos prelados, tanto en la política interna novohispana, como es el caso de Campillo, y en la política metropolitana en la época de las Cortes de Cádiz, en la que se involucra Pérez, es el meollo de este trabajo, en el cual ocupa lugar predominante estos prelados poblanos.

La parte correspondiente a González del Campillo es más breve, sobre todo por su actuación en el momento crítico que vive, (1808-1812), que la que se otorga a Antonio Joaquín Pérez Martínez (1810-1821). El prelado Campillo ocupa un sólo capítulo; al que primero fue canónigo y después mitrado, Joaquín Pérez, se le otorgan tres. Es indudable que este último tiene más participación y mayor trascendencia, pero la intervención en el inicio del movimiento insurgente tiene que el primero merecía más amplitud y más hondura en el tratamiento. Dos capítulos iniciales, uno titulado “Estado e Iglesia a fines del siglo XVIII”, y otro, “La jerarquía eclesiástica poblana en vísperas de la revolución de Independencia, 1800-1810”, sirven para trazar la situación de la iglesia en la Nueva España a finales del siglo XVIII y principios del XIX, así como para esbozar una serie de principios que podrían considerarse como los vigentes en el ideario político de los hombres de Estado e Iglesia en esos años.

La diócesis poblana, por su antigüedad, extensión, preeminencia y situación en el centro del país, por su organización, personal, recursos y desarrollo, es clave en la iglesia mexicana. No es la primera en jerarquía y riqueza, que detentaba la de México, ni tampoco, durante la guerra insurgente, tuvo el protagonismo e importancia sociopolítica que la de Michoacán. La composición sociocultural de su clero regular y secular, el número e importancia de sus instituciones, y sobre todo el hecho de que estuviera regida en los años en que ocurre el movimiento emancipador (1808-1821) por dos prelados criollos, caso excepcional en la iglesia mexicana, merece un estudio profundo en el que el análisis de todas esas circunstancias nos permita ver cual es el contexto ideológico de su sociedad y de sus dirigentes.

El tomar como tema de estudio las figuras episcopales de González del Campillo y de Antonio Joaquín Pérez resultaba un reto que no se pudo resolver en este trabajo que no penetra en el trasfondo humano, espiritual, intelectual y político de ambos personajes. Si bien se utiliza documentación de primera mano, está referida al periodo de la crisis política en la cual los intereses políticos se radicalizan y las decisiones erróneas o justificadas- surgen impulsadas por la fuerza de las circunstancias que tienen en este instante fuerza arrolladora. Un estudio general más amplio, que nos permitiera observar el desenvolvimiento de la personalidad de los dos obispos, su carácter íntimo, muy diferente en cada uno de ellos, su formación ideológica, la circunstancia en que cada uno actuó, hubiera enriquecido esa visión corta, coyuntural, que se obtiene cuando sólo se analiza el tiempo de la crisis. Aun cuando se trata de criollos colocados en la cúspide del poder eclesiástico, el origen y formación de uno es diversa de la del otro, cuya conformación sociocultural es diferente y quien se mueve más en un medio de rápidas transformaciones políticas.

Un estudio detallado, en profundidad y sin los *a priori* que tratan de imponer un criterio partidista, nos hubiera dado un estudio interesante en torno de la intervención de dos eclesiásticos americanos en el desarrollo de ese gran movimiento de renovación ideológica general, no sólo política, que fue el movimiento insurgente. La imbricación de ese movimiento político que avanza en el siglo XIX, y que afecta a personas e instituciones, es digno de un análisis cuidadoso y hubiera servido para comprender mejor la actitud de Pérez.

El desarrollo general del trabajo no justifica tampoco las conclusiones que, independientemente del criterio de la autora, deben ser estrictamente académicas, lógicas y certeras.

Los dos primeros apartados, que son como una explicación general de la situación de la Iglesia mexicana a fines del siglo XVIII, revelan la inexistencia de un buen conocimiento de la historia universal, de los principios que rigieron al Estado Español, principalmente en sus relaciones con la Iglesia, y también el escaso conocimiento de la historia eclesiástica, falla que también sufren algunos de los autores consultados.

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR